

—“Por qué? porque las dos quisieron hacer un matrimonio por dinero y ni uno ni otro tienen un sueldo. Tienen para burlarse mutuamente toda su vida. *The y have bots of fun laughing at each other.*”

“*Lots of fun*”—provisiones de alegría, he allí el mejor resumen, no solo de esta situación, sino de todas estas caricaturas. No hay nada que menos se parezca á la amarga y punzante actitud de nuestros humoristas. Esas sátiras contra las jóvenes, que podrían volverse crueles con tanta facilidad se sostienen en la jovialidad y el buen humor. Sucede lo mismo con las que se dirigen sobre las clases bajas, notablemente contra los *tramps*, los negros y los irlandeses, que son los protagonistas inevitables en toda farsa verdaderamente yankee. Ciertamente la miseria es más ruda en Estados Unidos que en cualquiera otra parte, debido tanto á su clima tan penoso en el Invierno; tan ardiente en Estío cuanto á la abrumadora competencia. Oigamos, sin embargo, á ese vagabundo á quien un transeunte generoso dió una moneda de plata, la que le permitió entrar á la cantina donde está en pie delante de la mesa del *free lunch*.—“Que, no ha comido usted bastante todavía?” le grita el patron espantado al ver el jamón, los pescados salados, las tajadas de pan con mantequilla y las ostras fritas desaparecer en el abismo de ese estómago vestido de harapos.

—“Qué, acaso parezco un hombre que ha comido mucho?” respondió el *tramp* fisgando. Uno de sus pies lo lleva calzado con un zapato y una polaina y el otro con una bota de resorte. Un pedazo de tela á cuadros le sirve de babera y le tapa un carrillo hinchado que desborda bajo su ojo, que es á la vez insolente, burlon y pillastre como su mismo dueño. Esa chanza impertinente da el tono de las réplicas

que presta el caricaturista á ese azota-caminos, á quien representa voluntariamente, ya disponiéndose á fumar, con negligencia enteramente americana, en un furgón de heno, ya leyendo su periódico con sus lentes sobre la nariz. Su pereza le distrae sin indignarle y no cree del caso buscar para él algunas de esas siniestras leyendas que Gavarni encontraba para su *Vireloque*. Con respeto al negro, el caricaturista tampoco hace resaltar sus rasgos temibles y miserables: ni su sensualidad criminal, ni su ferocidad de antiguo esclavo, ni su perfidia. No. Revolotea jovialmente en torno de su vanidad y de su familiaridad. Por ejemplo: pinta á uno que llega á la casa de su amo con un pantalón á cuadros de la misma tela que la levita que lleva este. El amo le dice:

—“Vea usted, Tom, ya le he dicho que no use usted ese pantalón que yo le he dado en los días de trabajo, que es cuando yo uso el resto del vestido.”

Y Tom le responde:

—“Y por qué, *boos?* Acaso tendría usted miedo de que nos tomasen por gemelos?”

Se adivina la dichosa sonrisa que debe jugar sobre los gruesos labios del negro, descubriendo los blancos dientes del chocarrero. Se prepara sin duda, á decir como uno de sus colegas á dos amigos míos, que habían estado en vacaciones en la misma casa donde él era doméstico.

—“Vengan ustedes á vernos cuanto antes; son ustedes tan sabrosos *Gentlemen—sopalatable gentleman.*”

Igualmente, cuando trata de esos terribles irlandeses que son tan admirables por su poesía y por su crueldad, por su ardor patriótico y por su rabia vengativa, por su elocuencia y por su embriaguez, por su espíritu de empresa y por su desórden, el carica-

turista enseña solamente ese desorden y esa embriaguez. Ora evoca á una criada irlandesa, diciéndole con su acento nativo al inspector de inmigración, que ha venido para ser aya francesa: "*Oi'm french nurse.*" "Ora á una recamarera de esta misma raza á quien su ama pregunta:

— "¿Ya barrió usted la recámara?"

— "Sí, señora; lo he barrido todo, debajo de la cama . . ."

Y puede verse que la parte de debajo de la cama se ha convertido efectivamente en una caverna, llena de suciedad, donde todos los detritus de la casa se han amontonado. Ora un irlandés que vuelve á la casa en un estado tal de embriaguez que, para indicarlo, el dibujante lo ha figurado multiplicando siete veces la cabeza de la mujer que le mira y que le dice con sus siete bocas.

— "Si usted se mirara como yo lo veo, se desagradaría usted mucho."

— "Y si usted se viese como yo la miro" respondió el borracho; "también usted se sorprendería mucho."

Ya son las disputas de un matrimonio donde todo vuela en pedazos; el hombre golpeando á silletazos á la mujer que le vuelve sus golpes con una plancha. Y los policías son los que presiden este carnaval de los *tramps*, de los negros y de los irlandeses, y también ellos son irlandeses y beben de firme y golpean de la misma manera con sus garrotes de correa, con sus *take that*, el todo acompañado con un fuego de rompe cabezas. Y ni un detalle amargo corrompe esa jovialidad. Diríase que la vida de la calle y de los salones es realmente una pantomima bufa para esos observadores que con todo y ello son muy exactos. Su dibujo sin fantasía encierra casi la realidad. Ape-

nas si exageran la cara abotargada del *tramp*, el hocico del irlandés, la abultada boca del negro, la necia importancia del gomoso, del *dude*, empleando su término de Argot. Se adivina que estas caricaturas son hombres de buen humor y que son personas muy lúcidas, muy positivas y que escriben y dibujan para lectores lúcidos, positivos y de buen humor también. La negra misantropía de un Gavarni ó de un Forain hace sufrir con todo y que hace reír. Hace suponer largas reflexiones, nervios roídos por el pensamiento é impotentes para la acción. El americano pertenece á un mundo muy activo, muy apresurado y considerado bajo cierto aspecto muy sano para permitir que se encuentre en él esa ponzoñosa ironía.

Es curioso hacer una comparación entre esta inocente y sobre todo indulgente alegría de la caricatura de costumbres, y la violencia de la caricatura política. Estos mismos dibujantes que se manifiestan simple y sencillamente buriones para las ridiculeces y los vicios de la vida común, despliegan, cuando se trata de asuntos de partido, una especie de frenético odio que es casi insuperable. El nombramiento de un embajador que no les conviene, la adopción de un *bill* contra el que han combatido, ó la no aprobación de otro que han sostenido, una candidatura hostil, un discurso que ha llamado la atención, son para ellos ocasión de carga desenfrenada, y la dureza de esos ataques contrasta, del modo más inesperado, con el buen humor de los croquis de costumbres. Se siente súbitamente la calumnia y su acritud, la cólera y sus insultos. Desde la fantasía divertida y fácil se cae hasta la polémica baja y brutal—hasta una polémica sin talento y que no retrocede ante la alusión personal por más que sea groseramente insultante.

Me parece que uno y otro fenómeno es lógico y que concuerdan con lo que se observa por todas partes entre los americanos. En el trato común de la vida se manifiestan buenos, amables, abiertos y fáciles; pero desde el momento en que se trata de negocios, se les encuentra en la defensa de sus intereses y en la conquista de los de los otros, tan ásperos y tan enérgicos, cuanto son francos y generosos. Y esto es debido á que con lo primero se divertían y con lo segundo se batían. Ahora bien, la política es para ellos, entre todos los negocios, uno de los más importantes en este país donde el triunfo de un partido pone á su disposición todos los empleos de todos los servicios públicos; y este es un asunto que interesa no sólo á un corto número de ambiciosos, sino á una candidatura enorme de individuos, que se cobijan bajo las banderas republicana ó democrática. Es fuerza satisfacer sus antipatías, provocar su entusiasmo y servir á sus pasiones.

Es oficio durísimo, en todos los países en que impera el sufragio universal, el de hablar con imágenes á las masas populares! Todo lo ven abultado y por lo mismo tienen un gusto innoble y violento, y las caricaturas iluminadas que se ostentan en las primeras páginas de los periódicos ilustrados, satisfacen estos gustos. Por esto me decía el editor del diario de Chicago que siempre es el *fight*, el pase de box que apasiona á este público. Aquí el puñetazo se dá bajo la forma de ultraje colorido, pero de ultraje tan exagerado comunmente, tan visiblemente inicuo y parcial, que se convierte en inofensivo. Queriendo herir á un perfecto caballero cuya culpa consiste en haber sido nombrado por M. Cleveland para ocupar un puesto elevado, el caricaturista representa á este hombre distinguido con rasgos que le desfigu-

ran de modo grosero y escribe abajo frases como esta:

—“*Cleveland's grotesque nominence, for*”

O bien:

—“Si Abraham Lincoln encontrase á Mr. So and So en carne y hueso, su primer movimiento sería agarrarlo del cuello y sumergirlo en un pantano de lodo”

Tales maneras de combatir á un adversario pueden dar resultado únicamente entre los electores más bajos. Excluyen el talento en virtud de la profunda frase de Talleirand: “Todo lo que es exagerado es insignificante” Y debido á esto los americanos han tenido mucho éxito en la caricatura de costumbres á la que han dado ligereza sin darle oculto fondo y por lo que salvó algunas excepciones, su caricatura política es tan mediana. Pudiera suceder que este inesperado resultado y sus causas, fuesen dignos de ser anotados.

Placeres de *sport*, placeres teatrales, placeres de chiste,—no hay uno solo que el americano no practique con la misma naturalidad y con el mismo espíritu que le hemos visto emplear en el mundo, en los problemas sociales y en la educación. En ellos se manifiesta lúcido y positivo con mezcla singular de buena fé y de tensión, de realismo práctico y exageración desarreglada, de salud social y de frenesí. Aquellos á quienes inspira curiosidad la naturaleza humana y que han reflexionado en las leyes del equilibrio de nuestras facultades, no se admirarán de que en este país supersaturado de espíritu práctico pueda haber lugar para otros placeres que llamaré, á falta

de mejor expresión, placeres del misticismo. Por ejemplo, en ninguna otra parte que no sea en América podrán los espíritas encontrar público que los acoja. En ninguna otra parte las ciencias ocultas encontrarán adeptos mejor dispuestos para iniciarse en sus misterios. Uno de los profesores más notables de Cambridge y que ha querido darse cuenta de este gusto por lo sobrenatural, tan desarrollado entre sus compatriotas, me decía:

—“Aquí hay lo que usted no puede sospechar, lo que yo tampoco sospechaba ántes, innumerables inteligencias para quienes la ciencia es tan despreciable, como ellos son despreciables para la ciencia, y que creen en comunicaciones directas y personales con el mundo desconocido. La ciencia tiene por principio que existe una verdad única, independiente del individuo y susceptible de ser comunicada á cualquiera. Pero estas gentes están, al contrario, persuadidos de que hay una revelación constante la que proporciona una misteriosa providencia, según las necesidades y los méritos de cada quien. Cuando les conocí les creí locos, por estar yo educado como estaba en la ortodoxia...”

—“¿Y ahora?” le pregunté.

—“Ahora, me dijo, pienso como Hamlet: que hay muchas más cosas en el mundo que no conoce nuestra filosofía...”

Y este hombre, absolutamente superior, acabó por confesarme que admitía la posibilidad de la comunicación entre los vivos y los muertos! Este estado del espíritu no es una excepción en América. Un viajero que estuviese preocupado con la psicología, encontraría, frecuentando las círculos de los que aquí se llaman espiritualistas y que realmente son espiritistas, los más interesantes motivos de estudio. Hé

aquí, á falta de este análisis que daría material para escribir un volúmen, el croquis de una visita á una de las más célebres mujeres de Estados Unidos por el don de la doble vista y á quien su inicial será bastante para designar. Mrs. P*** vive en los alrededores de Boston, en condiciones de lujo que debe á su singular poder. ¿Hasta qué punto es imaginario semejante poder? ¿Hasta qué punto es real? ¿Cuáles es el grado de sinceridad, cuáles son las probabilidades de charlatanismo de esta extraña criatura? Son problemas que no resolveré yo. Basta que muchos americanos que la frecuentan crean en ellas, para que una visita á su casa tenga lugar entre los documentos recogidos en el curso de esta inquisición sobre las varias maneras de sentir de este país tan fecundo en sorpresas.

Para ir á esa casa debía ser mi guía M. H***, un australiano que se interesaba particularmente por esa clase de cuestiones y que creía absolutamente en la buena fé de Mrs. P***. Nuestra cita era para la puerta de una de las estaciones de Boston, en una helada mañana de Invierno. Nada puede ser más americano, nada más opuesto al carácter de nuestra expedición que la cantina donde entramos para calentarnos con un cordial antes de partir, — con sus cazos de sopa que hervían sobre el rescaldo con sus grandes platos de ostras fritas y donde, en medio de una atmósfera cargada de tabaco, había una población de fumadores y de mascadores de tabaco, dispuesta á intoxicarse con los *cock tails* desde las ocho de la mañana. El aspecto del wagón, á que subimos luego, no era tampoco muy á propósito para prepararnos para la espiritualidad. Lo llenaban gentes de todas clases que habían venido á Boston para tomar órdenes para su trabajo. Vestían con ropas, como

solo aquí se ven por las que es imposible adivinar el rango social del hombre. Sentados delante de mesas de quitar y poner, todos jugaban á la baraja "para reir," según me dijo Mr. H***, para tener el placer de gastar el tiempo."

Funcionaban treinta partidas de *Whist* en este tren que atravesaba un delicioso paisaje de nieve, enteramente blanco y sembrado todo él de casas de madera con balcones cubiertos, y que son el encanto de la New-England. Esta inocente sala de juego rodaba suavemente y daba idea de un pueblo que dispone de tiempo, de mucho tiempo. Las caras de los jugadores tenían una expresión, á la vez que libre, fatigada y vigorosa. En momentos tales, rarísimos en América, siente el extranjero la duración, la lentitud bajo la fiebre aparente. Existe siempre esta duración lenta detrás de toda actividad; pero para percibirla es necesario estar también en el mismo diapason. Cuando se llega de las Provincias parece que Paris es una ciudad enloquecida por el movimiento, y al contrario, para el que llega de Londres la plaza de la Concordia y los Boulevards parecen llenos de deliciosa pereza medio meridional. Luego, yendo de Londres á Nueva York, la vieja ciudad inglesa parece á su vez muy poca activa, muy pacífica, y aun iba á decir, muy atrasada. Estas impresiones corresponden á una realidad que es, sin embargo, menos intensa que lo que se imagina á causa del sobresalto de nuestros nervios. El hombre no siente ya lo que ha sentido siempre, cosa que sabe muy bien, pero que olvida. Una vez acostumbrado a cierto grado de energía, se mantiene en él sin esfuerzo. Esto le permite, como á los viajeros de la mañana, divertirse entre dos crisis de *hard work*, tan pacíficamente como un arrendatario francés de

un pueblecillo, instalado enfrente de su mesa pasa toda la tarde, entre sus dos holgazanerías, ante el tapete verde, jugando una partida de embite.

Bajamos M. H*** y yo, en una de las estaciones del campo. Cierran el horizonte pequeñas lomas, cubiertas por nieve, en derredor del jacalón que sirve de estación. Nos esperaba un trineo abierto tirado por un caballo peludo y manejado por un hombre ya viejo á quien acompañaba un perro. Es el coche que la vidente—no me ocurre otro nombre con que señalarla,—manda siempre á sus clientes. En este acto no hay la idea preconcebida de ponerse en escena, nada que respire el *humbug* ni el reclamo. Para ella, constituye un oficio dar estas escenas y lo ejerce con una sencillez burguesa, donde vuelvo á encontrar la ausencia de la sorpresa, que, para mí, es uno de los más notables caracteres del americano. Cualquiera que sea su suerte, por caprichosa que se suponga, la acepta sin sorprenderse por ella más que pudiera hacerlo con la de otro.

Henos, pues, lanzados en este trineo siguiendo una pendiente y luego otra. Nos deslizamos sobre la nieve entre los pequeños cortijos de madera, que empezaban á despertarse, hasta llegar á una última casa separada de la calle por un camino de betún que ahonda su negra grieta entre las alburas de la nieve. Huellas recientes de pisadas, dan á conocer que en estos últimos días varias personas se han acercado á tocar á la puerta de la hechicera moderna, á cuya casa venimos á nuestra vez también nosotros. Y sin embargo, la sesión es costosa:—diez pesos vale; pero, entre las pasiones, la que menos regatea es la de lo sobrenatural y es fuerza creer que esta pasión está en la masa de la sangre de esta raza, puesto que nos encontramos á dos pasos nada más de Salem, de ese

pueblecito de mar, que hace precisamente doscientos años fué teatro de un espantoso proceso de magia, en el que fueron condenados á muerte veinte personas.

Gracias á Dios, las costumbres contemporáneas son más dulces, y el pacífico interior de la casa Mrs. P*** no corre riesgo de ser turbado por un inquisidor, parecido á los terribles ministros protestantes de 1692. Fuimos recibidos por una niña, toda sonrisas, que nos dijo que su madre había tenido muchas sesiones en los últimos días y que por lo mismo estaba muy fatigada. El ajuar de esa pieza se asemeja al de muchas otras que tuve ocasión de haber visto ántes, en las casas de esa clase. Pendía de la pared la imagen de un Cristo cargado con la cruz, sobre la mesa una Biblia, testimonio de los sentimientos religiosos de la vidente. Varios volúmenes de poesías la "Princesa," de Tennyson; "La queja del último Menestral," de Scott; "La Lalla Rookh," de Moore, son reveladores de su gusto literario por lo clásico. A poco se presentó. Es una mujer que puede tener treinta y cinco años. Las facciones de sus rostros poseen gran elasticidad, sin duda á causa de una extraordinaria flexibilidad de los músculos de la cara. Su color de blonda anémica, un color exsangüe, de palidez extenuada, está vivificada por dos ojos claros, tan extraordinariamente claros y fijos que solo con mirar su pequeño punto central, brillantísimo y sombrío, sobrecoge inexplicable pena.

Y sin embargo está llena de simplicidad y cuando habla es con voz suave y cansada. Nos contó que no puede ya dar cumplimiento á las demandas, que esas crisis la fatigan mucho y que ha dado muchas malas sesiones, tanto así sufre de los nervios. Y positivamente, viéndola entrar en su crisis, en su "trance"

como ella misma dice, se adivina cuánta vitalidad debe gastar un organismo en semejante sacudida. Una vez que está cerrada la ventana, las luces apagadas, excepto una vela que arde sobre una mesa, se desata los cabellos, se desabrocha y envuelve cómodamente su busto en una camisola y luego toma las manos de uno de nosotros. Unos cuantos minutos de espera y de silencio:—empieza á gemir, á retorcer sus dedos que se escapan de la presión y que se extravían en sus cabellos. Suspiros, profundos, hondísimos suspiros que parecen salir de lo más íntimo de su sér, una flexión cada vez más marcada de su cabeza que se dobla, contorsiones de todo el cuerpo, tal y cual si estuviese debatiéndose en un ataque, y después una remisión. . . . Y se duerme. Sus manos abiertas se extienden para palpar el rostro, los hombros, los brazos de la persona á quien tiene enfrente y comienza á hablar, con voz cambiada, con acento irlandés. Su verdadero "yo ha desaparecido para ceder su lugar á otro. Ha dejado de ser la Mrs. M*** establecida cerca de Boston, en el campo. Se ha convertido en cierto doctor francés, muerto en Lyon.

—"Que hombre tan raro es ese doctor" me decía una persona que ha presenciado varias sesiones de la pitonisa yankee "todos le conocen, él conoce á todos y es servicial hasta el último extremo, siempre complaciente y siempre á la disposición de todos. Es un parásito. que al parecer desea sincerarse de vivir á expensas de otro, y que á pesar de ello es algo mistificador. . . ."

Nunca pude saber si el amigo que me hablaba de este modo lo hacía en serio ó si bromeaba, y aun creo que el americano que toma interés por esos fenómenos, de doble vista, no lo sabe tampoco. Lo que le atrae á semejantes experiencias es, desde lue-

go, la necesidad de excitación que le persigue á través de todas las saciedades de la fortuna, de modo tan intenso como en el primer día. Después, cierto desequilibrio nervioso del que padecen aquí tantas personas. Y luego, una reacción contra el exceso habitual del positivismo del mundo ambiente. Y por último, es el inmortal instinto del corazón del hombre, muy más vivo en esas naturalezas que están más intactas y que son más intensas, que le conduce á rasgar el velo del misterio de que está rodeada la vida humana.

Por una especie de compensación, donde la filosofía podría encontrar la gran ley del balanceamiento de los órganos, el sentido del misterio se aguza más en este país donde todo es muy lúcido, muy diseñado, muy volutario. La presencia en los hombres de acción de una facultad supersticiosa, tanto más exasperada cuanto son más resueltos y más reflexivos, es un carácter notabilísimo de su psicología. Napoleón dió de ello un ejemplo palpable. Siendo como es el americano el hombre de energía y hasta tal grado de tensión, no podía dejar de tener sus puntas de iluminismo, y ¿por qué no había yo de confesar que en el curso de sesiones, tales como la que nos dió Mrs P*** ese día y luego otro, es imposible no admitir que ciertos fenómenos de adivinación son en efecto absolutamente inexplicables bajo el punto da vista extrictamente natural?

Un diario de viaje no es, por cierto el lugar más á propósito para discutir en él problemas de un orden tan complejo como este: ¿Es posible que un pensamiento se comunice con otro pensamiento sin el intermedio de un signo? Mrs. P*** me tenía de las manos y tocaba al mismo tiempo un pequeñísimo péndulo de viaje que había pertenecido á

una persona á quien ella no pudo haber conocido,— á un pintor que se mató en circunstancias particularmente tristes de locura momentánea. ¿Cómo, pues, pudo decirme la profesión del antiguo propietario del péndulo, su locura y aun el género de su suicidio? ¿Existía acaso una comunicación entre su espíritu y mi espíritu, desdoblada en la misteriosa personalidad del Dr. Lyonés? ¿Mis manos, que tenía entre las suyas, le revelaban por vibraciones perceptibles á la hiper-agudeza de sus nervios, mis impresiones bajo cada una de sus palabras, y en su sueño había conservado el poder de dejarse guiar por esas minúsculas señales? ¿O bien aún, pues es preciso siempre reservar un lugar para el excepticismo, era una comediante incomparable que adivinaba mis pensamientos en el tono de mis preguntas y de mis respuestas? Pero no. Era sincera. Los fisiologistas que la han observado en estas crisis, han reconocido con frecuencia el carácter magnético de su sueño por indicios mecánicos que no engañan nunca. Todo lo que pude deducir de los detalles realmente extraordinarios que me dió, á mí, á un extranjero de tránsito sobre un desaparecido de quien á nadie de los que la rodeaban había yo hablado, es que el espíritu tiene procedimientos para conocer que nuestro análisis no sospecha. Y me acuerdo de uno de los budistas americanos á quien encontré aquí y que me decía:

—“En Europa y en Occidente se ha dado una importancia enorme, desmesurada, única, á la demostración, la que, sin embargo, no es sino la vida de los sentidos organizados. Pero en ellos hay alguna otra cosa. . . .”

Cuando me hablaba de tal manera estábamos sentados á la mesa de un club, al fin de una comida que

se prolongó por la conversación de veinte convidados. En torno de nosotros las botellas de Apollinaris y de *Wiskey*, la Menta derramada en vasos sobre el hielo picado y las cajas de puros simbolizaban lo menos ideal, lo menos misterioso que puede haber en la vida civilizada, y este hombre singular seguía hablándome sobre el Extremo-Oriente, sobre sus religiones, todas ellas bañadas por los sueños, sobre la sabiduría de esos pueblos y sobre su pasividad.

Quién sabe, me decía yo al escucharle, si ciertos poderes de misticismo, hoy casi abolidos en el mundo moderno, no se despertarán, si facultades del alma, momentáneamente paralizadas, no volverán á trabajar, si nuestra humanidad no volverá á ver un período análogo al de los Alejandrinos y al de los Grósticos ó con más precisión de los Brahamas? Sería una grande ironía de la naturaleza si este futuro despertar de las ciencias, llamadas ocultas, debieran tener uno de sus puntos de partida en América. Y con seguridad las investigaciones de la psicología morbosa en ninguna parte se han impulsado más hacia adelante que aquí y por solo este título, la visita á la ermita de Mrs. P*** debía ser referida. . . .

Cuando despertó de su sueño nos agarró á mi compañero y á mí, á cada uno de un brazo, con ademán trágico. Era visible que, durante algunos segundos, estuvo sin reconocernos. Después, algo como una especie de pálida sonrisa vagó sobre su cara fatigada. La vidente cedió su lugar á la burguesa de New-England, que nos ofreció té con su voz que tornó á ser dulce y que habría olvidado completamente el acento irlandés del fantástico Doctor que se había retirado. . . . pero á qué país tan distante del nuestro? Que se había desvanecido, pero donde? . . . Quimera de su imaginación? Invención de su astucia?

Realidad suprasensible? Quién podrá descifrar la palabra de este enigma.

Sería injusto no mencionar en estas notas, sobre las diversiones americanas, el gusto tan vivo que las personas cultivadas de ese país—y que son legiones—profesan á los *placeves de la inteligencia*. A propósito de la conversación mundana he procurado marcar lo que llega á ser esta inteligencia en ellos. Y cómo se tiñe, cómo se penetra de voluntad para ir á dar á lo que he llamado el punto de vista. Para ellos, sobre todo, y cuando se han vuelto del lado de la vida intelectual, llega á ser verdadera la frase del solitario de la edad media: "su oído es realmente insaciable para escuchar y su ojo insaciable para ver." Así es como con una curiosidad infatigable, continuamente tensa, llega el americano, que es el hijo de una nación reciente, á esa disposición de ánimo que estamos habituados á considerar como el vicio supremo y el refinamiento último de los siglos de decadencia: el dilectantismo,

Esa disposición del Alma que consiste en insinuar-se por el pensamiento en las formas más diferentes y más contradictorias de la vida, en desposarse con ellas, comprendiéndolas, en prestarse ó ellas sin dárseles,—en ninguna parte he encontrado con más frecuencia que en Estados Unidos, Y he deducido que nos habíamos equivocado, nosotros los moralistas de la vieja Europa, al atribuir á esa manera de ser, nuestras degenerescencias sentimentales y que nuestras enfermedades de la voluntad dependen más simplemente de la vejez de nuestra sociedad. Todo es puro entre los puros, dice un proverbio que á menudo se

interpreta mal. Sería igualmente justo decir que, en el orden de las cosas morales, todo es sano entre los sanos, y mal sano entre los enfermizos. Y esta es una de las conclusiones que más se me ha impuesto en el curso de este viaje y que es á la vez consoladora y cruel, consoladora porque disminuye nuestra parte de responsabilidad propia y la de nuestros padres en los contagios entre los que vemos envenenada á Europa. Es cruel, acaso tengo necesidad de decir por qué?

Se reconoce más particularmente ese diletantismo de los americanos cultivados, en esos clubs literarios que denominan voluntariamente *Clubs bohemios*. Confesémoslo, aun á riesgo de desanimar el esfuerzo que hacen para *despuritanizarse*, entre la verdadera Bohemia y esas instalaciones tan prácticamente confortables, existe toda la diferencia que separa un hotel de nuevo estilo con electricidad, agua caliente y elevadores y una pensión burguesa de la calle de la *Clef*. Entre las que he visto, una de las más representativas ha sido el *Javern Club* de Boston. Ocupa los tres pisos de una casita, de la que se han tirado los tabiques interiores para hacer vastas piezas. El piso del patio sirve de sala de fumar y de antesala, y el primero sirve de comedor. Arriba hay una especie de *hall* donde se dan conciertos y representaciones.

Corresponde bastante bien este club á lo que fueron entre nosotros ciertas sociedades del Barrio Latino,—los *Hydropáticos* por ejemplo, cuyo fundador, el poeta Emilio Goudeau, escribió su historia con mucha exactitud y verba en un librito titulado: "*Diez años en Bohemia*." Y entre parentesis, este libro, que ha pasado algo desapercibido, es, según mi dictámen, uno de los más exactos documentos sobre las costumbres y las ideas de nuestra juventud lite-

raria entre mil ochocientos setenta y mil ochocientos ochenta. Así también la juventud literaria de Boston fué quien fundó el *Javern Club* con jóvenes escritores, con jóvenes pintores y con jóvenes músicos. Hé aquí algunos rasgos diferenciales que he creído reconocer frecuentando este círculo y otros análogos en Nueva York y en otros lugares. Me parece que caracterizan, con bastante fidelidad, el tinte particularmente sano del diletantismo americano.

Primero. El respeto de los muchachos por los mayores de edad y el respeto recíproco de éstos por aquellos. Por ejemplo: el presidente del *Javern Club* es el distinguido profesor Norton de Cambridge, y cuando el Club dá su comida mensual, se sientan á la misma mesa, jueces, médicos, banqueros de cabellos blancos, en compañía de personas muy jóvenes, todos interesados por los mismos problemas de arte. El americano, ávido de vida intelectual, no se detiene en la persecución de la novedad como tampoco se detiene en la persecución de la fortuna, si su preocupación es de negocios. Se oye á un viejo, coleccionador de cuadros, discutir con un rapaz que va á partir para Paris, sobre Degas ó sobre Gustavo Moreau con la misma flexibilidad de inteligencia que este desplegará para hablar con un romancero sobre *Flaubert* ó sobre *Pierre Loti* ó sobre *Maupassant*. Produce gran beneficio esta penetración de las edades unas por otras. Pero, ¿no es un efecto mejor que una causa? Si entre nosotros, entre nuestras diversas generaciones, hay tantos choques en los gustos y tantas disputas violentas, es debido á que detrás de las opiniones hay en el fondo muchas maneras de vivir. Creo que los jóvenes parisienses de hoy, bajo este respecto no se diferencian mucho de los que

conocí cuando yo no contaba sino treinta años. Estábamos siempre en abierta rebelión de sensibilidad con nuestros mayores y también en abierta rebelión de costumbres. No sucede lo mismo en esta América donde los gustos por la literatura y por las artes son cosas de pura inteligencia. A propósito de Harvard he hecho notar cuán frecuente y á la vez cuán inocente es la pasión por los escritores franceses de la extrema izquierda. Sucede con ellos, como con los anuncios de Chéret que representan al Molino rojo y que decoran las paredes del *Javern-Club*, precisamente á lado de una copia de las *Hilanderas de Velasquez*, donde se vé la nuca de una mujer, pintada con tal magia de luz. La figurita de de la parisiense encanallada, aquí tiene precisamente el valor de un juguete, como esas hermosas cortesanas griegas que se han convertido en estatuas de Fanagra.

Segundo. El conocimiento profundo de las artes y las literaturas extranjeras. Los pocos nombres que he citado ya, son demasiado célebres para que su sola pronunciación pruebe que se han leído sus obras; pero estas personas los pronuncian, así como otros veinte, con tales referencias, que testifican, más que una lectura superficial, un serio y concienzudo estudio. No digo una completa comprensión, pues el dilettantismo más advertido siempre está algo incierto cuando se aplica á escritores de país extranjero. Así, he visto en Oxford á uno de los críticos más exquisitos de nuestra edad, al inolvidable Walter Pater, hablarme en los mismos términos de Flaubert y de Feuillet, como de los dos artistas de la prosa francesa de quien gustaba más, asociado en una admiración análoga, y por razones semejantes, de estilos absolutamente contrarios y que confundía. En

otras ocasiones son singularmente sugestivas estas impresiones causadas por los artistas extranjeros, y nos descubren, en las obras de nuestro propio país, inesperadas profundidades. En una de las comidas de uno de esos clubs, un convidado citó la frase espiritual del viejo profesor Jowet, maestro de Balliol en Oxford:

—“No es *lasciati ogni speranza* la que está escrita sobre la puerta del infierno, sino: aquí se leen novelas francesas.”

Otro se levantó y comenzó, al brindar por Zola, desarrollando la idea de que la simpatía para el pecador es el alma de las obras del gran novelista. Y decía que este era uno de los sentimientos más benéficos y más humanos de una época en la que la influencia de los medios ha sido reconocida por la ciencia como la misma ley del desarrollo de la personalidad.

—“Si á ella no unimos” continuó, “la piedad de las víctimas, ¿qué lugar dejamos entonces para la justicia en nuestro universo?”

Hubiera yo deseado que los enemigos del poderoso artista que ha escrito *Germinal* y *la Débacle*, que aquellos que le reprochan dar en el exterior mal renombre á las letras francesas, se hubieran encontrado allí para oír esa apología pronunciada en medio de los aplausos de todos, en uno de los puntos más respetables de Nueva Inglaterra.

Tercero. La ausencia de todo elemento libertino en la conversación y en el espíritu. Esta es la señal verdadera de la grande intelectualidad. Y esta es también la virtud que permite amplitudes de comprensión, como aquella que acabo de referir. Estoy persuadido de que la severidad sincerísima desplegada en nuestra contra como escritores de libre

observación, por jueces excelentes, en Francia, se deriva del lugar excesivo que ocupa en nuestras costumbres la vida sexual. Es infinitamente raro que un latino considere un libro que trata de las pasiones del amor con absoluta independencia de juicio. Su imaginación, ó se ve halagada ó se disgusta. Cuando, al contrario, un anglo-sajón puede desembarazarse de la hipocresía y del amaneramiento, cualquier estudio serio del alma humana, y por atrevido que este sea, le parece legítimo. Verifiqué este carácter, tan poco observada y sin embargo tan lógico, hablando de Baudelaire con algunos jóvenes de Harvard. Citaré veinte ejemplos que se derivan también de la cualidad honrosísima para esta gran democracia que es á veces tan brutal: la religión del talento.

En ninguna parte he reconocido este sentimiento raro y delicado como en Boston, y no en estado de excepción. La excepción es precisamente lo contrario: ese espíritu de denigrar valiéndose de anécdotas que rebajan y en las que se disimula tanta envidia. Hay en Boston casas que podría nombrar, y que son verdaderas capillas de piedad literaria;—una entre otras, cuyas ventanas se abren sobre el río Charles. Vive en ella una señora anciana, viuda de un editor, Mrs. F*** quien la ha convertido en uno de los museos más significativos que he visto. Vi allí un retrato de Dickens joven, con grandes cabellos que se desenvuelven en amplios bucles, con rostro femenino que casi pudiera hacer juego con la admirable cabeza de Jorge Sand, pintada por Delacroix, y cuyos profundos ojos negros iluminaban el severo salón del viejo Buloz. Cartas y manuscritos del grande hombre se ven allí cerca, con una de esas escrituras, recogidas y nerviosas que revelan el abuso de

la "copia." La dueña de la casa me hacía su descripción, cuando estaba en este mismo cuarto, después de sus lecturas, agotado por el esfuerzo nervioso, y sin embargo risueño y lleno de anécdotas. La última vez que vino á Estados Unidos, nada le divirtió tanto como el cándido procedimiento de lisonja inventado por una madre de familia que le había convidado á comer. Al llegar encontró en la sala á un niño:

—"Cómo te llamas?" preguntó el novelista.

—"David Coperfield" respondió el muchachito.

—"Y tú?" preguntó Dickens á otro niño que entró después.

—"Oliver Twist."

—"Y yo me llamo la niña Dorrit" dijo una chiquilla.

—"Y yo Florencia Dombey" dijo otra niña.

Ya Dickens estaba muy enfermo cuando le pasó esta aventura. La gota hacía que sus menores movimientos fueran dolorosos y le mataba el exceso de trabajo en sus fructuosas conferencias. Sin embargo, contando esta historia volvía á encontrar las satisfacciones de su primera visita á Estados Unidos. Y frente á su romántica figura se ve el retrato reflexivo y serio del poderoso anilizador Tackeray. Abajo de él está un billete en el que se lee trazado, con caracteres microscópicos, este sencillo adiós:

—"*Good bye, Mrs. F. . . . good bye my dear F. . . . , good bye to all. Y go home.*"

Hacia un mes que se encontraba en América por compromisos de importancia extrema. En la época de la Noche Buena la nostalgia de volver á ver á sus hijos predominó y este billete da la razón de la brusquedad de su partida. Sobre las paredes está suspendido también un retrato de Carlyle joven, muy pa-

recido al de Carlyle viejo en el hundimiento de los ojos bajo las arcadas supraciliares, la caída de la frente hacia adelante y la firmeza de la mandíbula. Todo Carlyle está en esa frente y en esa barba. En su fisonomía fuerte, muy tensa y muy voluntaria existe la indigencia de naturaleza. Es uno de esos rostros que afrontan al que les mira, que le desafían y que se arman de arrogancia á falta de seguridad interior. Cuánto más amo la grande y serena hermosura de Tennyson, de ese Virgilio de la isla de Wighte, que supo cautivar las aguas dispersas, en torno de su jardín de ensueños! La hada de este pequeño museo de reliquias me contaba un paseo nocturno con el poeta, en un verdadero jardín, en Surrey, donde percibiendo un aroma suavísimo, la dijo:

—“*Down upon our kenss, these are violets*” con su profunda voz “Pongámonos de rodillas, pues son violetas.”

Y lo hizo como lo dijo para respirar las invisibles flores, con religiosidad y sin tocarlas. También me ha gustado el retrato del noble Emerson, de cara adelgazada y consumida, por el Ideal, y cuán apasionada é inspirada es su escritura que se extiende de un extremo á otro de la línea de modo tan cursivo! En una inmensa colección de autógrafos se ve la letra de Longfellow, medio bastardilla, tan firme, tan clara y siempre tan igual, y la clarísima y robusta de Lowell. Con el pensamiento miro diez años más atrás, y veo su silueta con su larga barba y con su cara amable tal cual le ví en el *Rabelais-Club* de Londres. Podía yo sospechar entonces que moriría tan pronto y que un día hojearía yo sus manuscritos en su ciudad natal, á la vez que hablábamos de él como de alguno que ha concurrido á la misma casa y cuyo recuerdo se conserva piadosamente en-

tre otros muchos? . . . Esa piedad, ese culto literario me satisfacen y me conmueven; siento perfectamente la afición por los amigos célebres, pero en el justo grado en que debe sentirse. Después de todo, es cosa legítima el amar á los hombres gloriosos, cuando se siente su superioridad al través de su reputación y sobre todo cuando no se hace hincapié en sus defectos considerados maliciosamente para tener el vano y mediocre placer de humillar su superioridad. Pero los americanos pueden tener muchísimos defectos, pero nunca tienen el de ser mediocres y mezquinos.

Otro de los rasgos de ese diletantismo intelectual, que hace resaltar el colorido particular que tiene en América, está en la rebusca de la sensación del viaje, pero del viaje entendido con tal amplitud y tal audacia que desconciertan á nuestras imaginaciones francesas,—ó que, cuando menos, las desconcertarían si Pierre Loti no nos hubiese familiarizado algo con los exoticismos más lejanos. Pero, entre nosotros, Loti ha permanecido siendo una excepción. Ni aun estoy seguro de que la crítica le perdonaría sus vagancias japonesas ú oceánicas, sino tuviese la disculpa, ese noble escritor, de que ejecuta así como por profesión cuanto por su categoría de oficial, esas expediciones que refiere con la gracia de un poeta sensible hasta el dolor y delicado hasta la enfermedad. Para un artista americano esas correrías á través del vasto mundo en busca de un poco de belleza nueva, parecen, al contrario, ser tan naturales que ni el público, ni aun él mismo piensan siquiera hacer resaltar los peligros y las fantasías. Recuerdo que un escritor de ese país me dijo:

—“Volveré al Japón el año entrante, por la estación de las flores! . . .”

Y hablaba así, con tanta naturalidad como si me anunciase una escapatoria de París á San Germán. Esta pasión por los grandes viajes es tan común que ha modificado, del modo más inesperado, el sistema de vacaciones para los profesores. Cada siete años disponen de un año entero de huelga que llaman el "año sabático" y que emplean en visitar la Europa, el Africa, el Asia, cuyas visitas distribuyen según sus necesidades de estudio ó según su curiosidad.

En ninguna parte he sentido mejor la influencia ejercida por el viaje sobre el intelectualismo americano como en Nueva York y en el taller del admirable pintor M. Jonh Lafarge, tan poco conocido entre nosotros á pesar de su nombre francés. Ese mismo hombre, que ya no es joven, de rostro delicado y de piel blanca, como si estuviese desecada por el ardor interior, de ojos móviles encerrados en el estuche de sus párpados bien diseñados y tan rasgados, causa la impresión de una de esas actividades nerviosas á quienes ningún esfuerzo satisface, ninguna experiencia apacigua y que andan, que van siempre buscando. Ha inventado un procedimiento nuevo para la fabricación de los vidrios de color. Ha trabajado en la decoración y en la ilustración, en la pintura al óleo y en la pintura en cera, en los grandes cuadros de altar, como su grandiosa y delicada *Ascensión* de la Iglesia Episcopal de la Quinta Avenida, y también en el pastel,—y hace algunos meses recorrió las islas del Pacífico, Samoa, Tahiti y las *Frijas*:

—“Queríamos ir muy lejos, me dijo, el Japón está demasiado cerca y estamos comunicados con él por el telégrafo. . . . Mientras que en el Pacífico estaríamos cuando menos dos meses sin noticias.”

Hé allí el grito del poeta fatigado de la vida convencional, cansado del camino de hierro, del teléfo-

no y de todo aquello que facilita los negocios, que desmenuza el tiempo y hambriento de sensaciones inéditas; el suspiro del artista enamorado de su arte y resuelto violenta y heroicamente á existir únicamente para su pensamiento durante días y más días. Y en tanto que esa nívosa tarde de Enero helaba la ciudad, los islotes perdidos en el mapa se animaban, se iluminaban y verdeaban para mí al través de los cuadros y de las acuarelas de ese tan delicado pintor, cuyas palabras más insignificantes hacen traición al buscador de la raza de Fromentin, del visionario que piensa sus sensaciones,—rarísima potencia. . . .

Y son follajes excesivamente verdes á la orilla de un mar muy azul, ramos de aquellos en que la trama de la hoja parece estar embebida de agua y que, pregoñan la eterna humedad del aire. Bananos que levantan sus derechos troncos de los que se desprenden las largas y flexibles láminas de sus hojas. Cocoteros que agitan sus palmas en las que sopla infatigablemente el viento del Pacífico, ese viento que semejante á la inmensa oleada de ese inmenso océano, camina del uno al otro polo. El bouran, árbol gigante de nudoso tronco, extiende su amplio follaje parecido al de nuestras higueras. En todas partes flores, y entre todas las corolas planas y extendidas del extraño hibiscus.

Y en medio del decorado de esa naturaleza se presentan las chozas, enteramente bajas, con un sembrado y con cobertizos, de los que cuelgan flexibles esteras. Pasan hombres y mujeres entre esos árboles y la orilla de ese mar, unos bailando coronados de rosas, otros arrastrándose para asesinar y ocultándose entre el follaje, éstos cargando en las espaldas ligeras piraguas y aquellos lanzándose dentro de esas piraguas para ir á la pesca. Y al rededor de todo se

mira un paisaje tan pulido y tan limpio, cual si estuviese cultivado:

—“El salvaje, dijo sentenciosamente el pintor, es el *old fashioned gentleman*, el personaje tradicional que todo lo ejecuta según los ritos y que no quiere cambiar nada en sus costumbres.”

Y enseñándome una muchacha que se desliza en una canoa á lo largo de una cascada en apariencia horrorosa.

—“No tiene miedo, agregó, porque no hay una sola quebradura del terreno que no conozca, ni un solo guijarro que no esté desde hace muchos siglos en el mismo lugar, tanto fuera cuanto dentro del agua. Allá, cuando tropieza uno y se lastima un pié, le dicen: “Mi abuelo me había ya advertido que había una piedra en esa vereda.”

Las escenas del baño, son, entre todas, las que se miran con mayor encanto. Anchos ríos corren por entre bosques. En esas aguas, á las que baja el azul de los cielos, se sumergen cuerpos de mujeres con el noble impudor pagano. Juegan los niños en la resaca del Océano. La ola se estrella contra los arrecifes y en los sitios donde rueda sobre fondos de corales, su colorido verde es tan puro y tan intenso que refleja las aguas de una piedra preciosa. En otras ocasiones y con el sol poniente es toda ella color de rosa. Y la morena y esbelta desnudez del salvaje se destaca sobre este Océano de hermosos visos con la finura de bronce antiguo. Se respira la atmósfera llena de molicie y de caricias, donde la bestia humana es feliz, con felicidad casi vegetal y donde languidece como una planta. Sentados en torno de una hoguera que les ilumina fantásticamente, mujeres de Tahití, con el cuerpo envuelto en largas túnicas de géneros claros, con sombreros de paja sobre sus

pequeñas cabezas, parece que juegan al invierno, en tanto que otros grupos figuran escenas de grandeza bíblica ó helénica:—un anciano ciego y desnudo camina guiado por un niño,—un jóven moreno galopa montado sobre un caballo blanco, á la orilla del mar—se enredan las danzas, iba yo á decir las bacanales, en las que los gruesos ramos de las coronas que llevan las locas danzantes, recuerdan las fiestas de los rabinos del Taygete, celebradas por el poeta:

. . . . *El virginibus bacchata Lacenis Taygeta.*

Es grato presenciar el gozo del pintor que enseña esos estudios. Sus ojos tienen ansia de regocijarse con esa luz. Su espíritu se desposa de nuevo con aquella vida primitiva, con las delicias del rejuvenecimiento y de la iniciación. Levanta la estola de un sacerdote budhista que vela un cuadro no concluido aún y con este ademán descubre una figura pintada en cera, de tintes tan pálidos, tan esfumados, que parece van á desvanecerse. Una mujer está sentada con los pies cruzados, con los brazos juntos, con los párpados abatidos y vestida con una tela de tejido milagroso que también va á fundirse, á evaporarse—é iluminada por una aureola que parece proyectarse de ella misma. A lado de esta forma enigmática cae una cascada de agua que corre, que corre sin cesar; símbolo del tiempo que se va en una fuga eterna. Sin embargo, la jóven diosa permanece inmóvil en su juventud donde parece que la serenidad ha tenido trabajo para estamparse. Es la diosa de la meditación, “el Sér que vé los sonidos”—*the Being who sees sounds*—me dijo el artista. Silenciosa, muerta para la vida, absorta en su ensueño, esparce en torno suyo el sosiego. La gran lección de la nada de la actividad humana llega de este modo del extremo

Oriente, á este país de la actividad furiosa. La fiebre de cultura de que están poseídos estos hombres hace capaces de comprender al través de innumerables experiencias y de traducir en formas palpables, esa poesía de la pasividad meditativa, tan contraria á su raza. Sufrí al dejar este taller de John Lafarge, como después de la lectura de ciertas novelas de Henry James, la impresión ó mejor la evidencia de que la Alma americana, desde el momento en que dirige su voluntad hacia la delicadeza llega á agudezas de análisis y de visión que no se igualan. Pero ese pintor, como ese novelista, son unos solitarios. Ni uno ni otro forman parte, no digo de una escuela, pero ni de un grupo. La personalidad, la individualidad irreductible de su cultura es aun un carácter de su país y que ya he señalado. Por solo él no puede predecirse que deba haber algún día un arte americano. Seguramente que en la actualidad, hay grandes, admirables artistas americanos, y esto sobra, después de todo, para dar gloria á un pueblo.

X

EN EL SUR

EN FLORIDA

Podría escribirse un volumen sobre la diferencia entre el Norte y el Sur. Como solo hice una corta excursión en este Sur, que aún se halla medio arruinado por la guerra, transcribiré simplemente las no-

tas que tomé sobre la parte más exótica de este otro país: La Florida. Entre Jacksonville y Lake Worth, á lo largo de esa península baja—y con frecuencia más baja que la mar,—roída toda ella por lagunas, por lagos y por ríos, que desciende hacia los *Everglades* y más abajo hacia las Antillas, he visto, sobre todo, paisajes de vejetación casi tropical y de intensidad inolvidable. Una civilización completa se bosqueja en ese país cuyos primeros poseedores, los indios Seminolas, hace todavía medio siglo no estaban domados. El asesinato del Dr. Henry Perrins en una de las islas ó de las Kenys, de las Llaves—esas rompolas de la península—data del 7 de Agosto de 1840, y el primer viajero, un Neo-Yorkino, que exploró el Okeechobec, que es uno de los grandes lagos del interior, emprendió su expedición en 1881. Aun hoy día, una excursión que se separa fuera de las líneas de camino del fierro que van á Tampa, en el Golfo de México y á Palm-Beach que está hacia el Océano, tiene que superar inmensas dificultades. Mas esto no impide que un gran número de jóvenes americanos amantes de la caza, de la pesca, del yachisting y sobre todo de la vida silvestre, vayan á visitar cada invierno y cada primavera esas partes casi inaccesibles de la península de florido nombre.

El lector que quiera seguir el diario de turista que contiene las diversas etapas y que trascibo en este lugar, encontrará en él una excursión más modesta y enteramente facil. Si acaso he tenido el talento de evocar en estas páginas, los horizontes con los que he acariciado mis ojos, en los tres meses de primavera que pasé en ese admirable país, habré conseguido entonces expresar la impresión que conservo del Este Americano. Es un mosaico sin transición, el paso súbito de la tierra de las fábricas y de la indus-